

Entrevista con Carmen Cáliz, autora de *Kaleidoskopios de mujer*

¿Cuánto pesa una cabeza humana?

¿Cuánto pesa una cabeza humana?

La poeta norteamericana Carolyn Forché (*Lo que han oído es cierto: Testimonio y resistencia*) recibió una visita inesperada en su chalé de California. Un salvadoreño la vino a buscar a casa para rogarle que fuera a contar todo lo malo que ocurría en su pequeño país. Lo malo tiene nombre: la guerra.

—No soy periodista —le intentó disuadir Carolyn.

—Lo que necesito no es un periodista, es una poeta.

Un poeta salvadoreño, Roque Dalton (*El turno del ofendido*), es quien aguijoneó a la filósofa y escritora Carmen Cáliz (Olesa de Montserrat, 1961).

Concretamente, un verso incluido en su libro *Arte poética* (1974), que se lee como una epifanía: «Poesía, / perdóname por haberte hecho comprender / que no estás hecha solo de palabras».

Ante lo cual, Carmen reaccionó con su *Homenaje a Dalton*: «Gracias, poesía / por haberme hecho comprender que / yo no estoy hecha de palabras».

Los libros siempre han formado parte de la vida y siempre han tirado de la vida de Carmen Cáliz, mujer de aromáticos tés que sirve con la misma compostura que la princesa india Aouda, la decorosa, sedosa y exótica esposa del rajá de Bundelkhand en *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne. Encarnada en la actriz Shivani Ghai, Carmen acaba de publicar *Kaleidoskopios de mujer*, «conjunto de 24 poemas y prosas poéticas atravesado por fibras emocionales y nervaduras espirituales altamente introspectivas y sugerentes» (Ediciones Carena, 2021).

En la cafetería de la librería Laie («*Treballem perquè els llibres us trobin*»), los libros le recuerdan a Carmen que nunca estuvo sola. Y se le muestran y se exhiben, haciendo honor a ese verbo inglés de las técnicas amatorias: *dovetail*, desplegar en abanico tus mejores cartas. En el fondo, lo mismo que hace el pavo real para atraerse a la real pava. «Yo estudié Filología Inglesa porque mi padre siempre me decía: “Una secretaria con idiomas está muy bien”. Y mi madre siempre me repetía lo mismo: “Estudia, estudia, estudia”. Así que me fui tres meses a Inglaterra, justo acabada la dictadura, en los años en los que ya todo dejaba de ser gris. Lo primero que me sorprendió de Inglaterra fue la cantidad de estudiantes que iban en bici», dice, con la nata aún de la bollería en sus dedos juveniles.

Por entonces, Carmen Cáliz leía *Una habitación propia* (Virginia Woolf): «Uno no puede pensar bien, amar bien, dormir bien, si no ha comido bien».

Ella se dilata: «Me agarré al arte porque me fascinaba. Cuando me recomendaban una lectura, me leía tres, sobre todo literatura escrita por mujeres: Jane Austen, George Eliot, las hermanas Brontë... Las mujeres victorianas se liberaron antes que nosotras.

No es casual que en Inglaterra naciera el movimiento sufragista».

Y de Inglaterra, saltó a Canadá, donde estudió Literatura Comparada y donde se doctoró con una tesis de fronteras y límites reales o irreales («el objetivo era entender y articular la esencia de la identidad humana más allá de la identificación nacional-político-social que nos define»). Iba para un año y se quedó diez, hasta 1997.

Por entonces, en Toronto, frecuentaba las catorce plantas de la librería Robarts, con su libro y su autora talismán: *The Diviners*, de Margaret Lawrence.

«Yo siempre he tenido una parte mística, mi vida paralela. Cuando tenía once años, sufrí un accidente en el coche en el que viajaba con mi familia. Se despeñó ladera abajo

y yo salí disparada del vehículo. Estuve en un túnel blanco, del que nunca hablé hasta muchos años después. Vi La Luz. Hoy sé que eso era algo divino. Fue una experiencia cercana a la muerte», se parapeta en sus convicciones, de las que emana un sabor dulzón, un sabor a pan recién hecho. «Para mí, Dios es un estado: estar en gracia. En cierto sentido, mi vida es mágica, porque todo ha fluido, y todo para bien.» Por entonces, leía *Foundations of Tibetan Mysticism*, de Lama Anagarika Govinda, que la transportó a la India para desaprender lo aprendido. «Fíjate, en aquellos años leía también *Ecce Homo. Cómo se llega a ser lo que se es*, de Nietzsche, que me salvó de una depresión», añade, y se acaba el té matcha. Para Carmen Cáliz, la escritura hace que uno se interrogue. «La literatura sirve para entenderse uno mismo», suscribirá, atravesada por las agujas del realismo mágico. «El lenguaje es la música del optimismo, de la creación, de lo trascendental.» *Tao Te Ching* de Lao Tzu. *I Ching*, de Fu Hi. *La voz del silencio*, de Madame Blavatsky. *El Libro Rojo. Liber Novus*, de Carl G. Jung.

La alquimia. Lo inmaterial. El hogar del yo.

En «Aguja de agua e hilo tibio», de *Kaleidoskopios de mujer*: «Todo comenzó un día que abrí la trampa de mis pensamientos y descubrí una aguja de agua fina como las de mi abuela, enhebrada con hilo tibio y un pedazo de tela de poros amplios».

Más o menos, una cabeza humana pesa dos kilos y medio.

Jesús Martínez